



CARTAS DEL VIDENTE

Arthur Rimbaud

PRIMERA CARTA:

De Arthur Rimbaud a Georges Izambard

Charleville, 13 mayo 1871

Estimado señor:

Ya está usted otra vez de profesor. Nos debemos a la sociedad, me tiene usted dicho: forma usted parte del cuerpo docente: anda por el buen carril. — También yo me aplico este principio: hago, con todo cinismo, que me mantengan; estoy desenterrando antiguos imbéciles del colegio: les suelto todo lo bobo, sucio, malo, de palabra o de obra, que soy capaz de inventarme: me pagan en cervezas y en vinos. Stat mater dolorosa, dum pendet filius, — Me debo a la Sociedad, eso es cierto; — y soy yo quien tiene razón. Usted también la tiene, hoy por hoy. En el fondo, usted no ve más que poesía subjetiva en este principio suyo: su obstinación en reincorporarse al establo universitario —¡perdón!— así lo demuestra. Pero no por ella dejará de terminar como uno de esos satisfechos que no han hecho nada, porque nada quisieron hacer. Eso sin tener en cuenta que su poesía subjetiva siempre será horriblemente sosa. Un día, así lo espero, — y otros muchos esperan lo mismo

—, veré en ese principio suyo la poesía
objetiva: ¡la veré más sinceramente de lo que
usted sería capaz! Seré un trabajador: tal es
la idea que me frena, cuando las cóleras locas
me empujan hacia la batalla de París —
¡donde, no obstante, tantos trabajadores siguen
muriendo mientras yo le escribo a usted!
Trabajar ahora, eso nunca jamás; estoy
en huelga. Por el momento, lo que hago es
encanallarme todo lo posible. ¿Por qué? Quiero
ser poeta y me estoy esforzando en
hacerme Vidente: ni va usted a comprender
nada, ni apenas si yo sabré expresárselo. Ello
consiste en alcanzar lo desconocido por el
desarreglo de todos los sentidos. Los padecimientos
son enormes, pero hay que ser fuerte,
que haber nacido poeta, y yo me he dado
cuenta de que soy poeta. No es en modo alguno
culpa mía. Nos equivocamos al decir: yo
pienso: deberíamos decir me piensan. — Perdón
por el juego de palabras.

YO es otro. Tanto peor para la madera que
se descubre violín, ¡y mofa contra los inconscientes,
que pontifican sobre lo que ignoran
por completo!

Usted para mí no es Docente. Le regalo esto:
¿puede calificarse de sátira, como usted
diría? ¿Puede calificarse de poesía?
Es fantasía, siempre. — Pero, se lo suplico,
no subraye ni con lápiz, ni demasiado con el
pensamiento.

El corazón atormentado

Mi triste corazón babea en la popa,
Mi corazón está lleno de tabaco de hebra:
Ellos le arrojan chorros de sopa,
Mi triste corazón babea en la popa:
Ante las chirigotas de la tropa
Que suelta una risotada general,
Mi triste corazón babea en la popa,
¡Mi corazón está lleno de tabaco de hierba!
¡Itifálicos y sorcheros
Sus insultos lo han pervertido!
En el gobernalle pintan frescos
Itifálicos y sorcheros.
Oh olas abracadabrantescas,
Tomad mi cuerpo para que se salve:
¡Itifálicos y sorcheros
sus insultos lo han pervertido!
Cuando, al final, se les seque el tabaco,
¿Cómo actuar, oh corazón robado?

Habr  cantilenas b quicas
Cuando, al final, se les seque el tabaco:
Me dar n bascas estomacales
Si el triste coraz n me lo reprimen:
Cuando, al final, se les seque el tabaco
 C mo actuar, oh coraz n robado?
No es que esto no quiera decir nada. Cont steme,
a casa del se or Deverri re, para

AR. RIMBAUD

SEGUNDA CARTA :

De Arthur Rimbaud a Paul Demeny
Charleville, 15 mayo 1871
He decidido darle a usted una hora de literatura
nueva; empiezo a continuaci n con un
salmo de actualidad:

Canto de guerra parisino

La primavera es evidente, porque
Desde el coraz n de las Propiedades verdes,
El vuelo de Thiers y de Picard
Mantiene sus esplendores de par en par.
 Oh Mayo!  Qu  delirante culos al aire!
 S vres, Meudon, Bagneux, Asni res,
Escuchad, pues, c mo los bienvenidos
Siembran las cosas primaverales!
Llevan chac , sable y tam-tam,
No la vieja caja de velas
Y yolas que nunca, nunca...
 Surcan el lago de aguas enrojecidas!
 Ahora m s que nunca nos juerguearemos
Cuando se vengam encima de nuestros cuchitriles
A derrumbarse los amarillos cabujones
En amaneceres muy especiales!
Thiers y Picard son unos Eros,
Conquistadores de heliotropos,
Con petr leo pintan Corots:
Ah  vienen sus tropas abejorreando...
 Son familiares del Gran Truco!...
 Y tumbado en los gladiolos, Favre
Hace de su parpadeo acueducto,
Y sus resoplidos a la pimienta!
La gran ciudad tiene las calles calientes,
A pesar de vuestras duchas de petr leo,
y decididamente tenemos que
Sacudiros en vuestro papel.
 Y los Rurales que se arrellanan
En prolongados acuclillamientos,
Oir n ramitas crujiendo
Entre los rojos arrugamientos!

A. RIMBAUD

—Ah  va una prosa sobre el porvenir de la

poesía. Toda poesía antigua desemboca en la
poesía Griega, Vida
armoniosa. — Desde Grecia hasta el movimiento
romántico, — edad media, — hay letrados,
versificadores. De Ennio a Tuoldus,
de Tuoldus a Casimir Delavigne, todo es prosa
rimada, apoltronamiento y gloria de innumerables
generaciones idiotas: Racine es el
puro, el fuerte, el grande. — Si alguien le
hubiese soplado en las rimas, revuelto los
hemistiquios, al Divino Tonto no se le haría
más caso hoy que a cualquiera que se
descolgara escribiendo unos Orígenes. —
Después de Racine, el juego se pone mohoso.
Ha durado dos mil años.

No es broma ni paradoja. La razón me inspira
más convencimientos sobre el tema que
rabetas se agarra el Jeune-France. Por lo
demás, los nuevos son muy libres de abominar
de los antepasados: estamos en casa y no
nos falta el tiempo. Nunca se ha entendido
bien el romanticismo. ¿Quién iba a entenderlo?
¡Los críticos! ¿A los románticos, que tan
bien demuestran que la canción es muy pocas
veces la obra, es decir: el pensamiento contado
y comprendido por quien lo canta? Porque
Yo es otro. Si el cobre se despierta convertido
en corneta, la culpa no es en modo
alguno suya. Algo me resulta evidente: estoy
asistiendo al parto de mi propio pensamiento:
lo miro, lo escucho: aventuro un roce con el
arco: la sinfonía se remueve en las profundidades,
o aparece de un salto en escena.

Si los viejos imbéciles hubieran descubierto
del yo algo más que su significado falso, aho-
ra no tendríamos que andar barriendo tantos
millones de esqueletos que, desde tiempo
infinito, han venido acumulando los productos
de sus tuertas inteligencias, ¡proclamándose
autores de ellos!

En Grecia, he dicho, versos y liras ponen
ritmo a la acción.

A partir de ahí, música y rima se tornan
juegos, entretenimientos.

El estudio de ese pasado encanta a los curiosos:
muchos se complacen en renovar semejantes
antigüedades — allá ellos. A la inteligencia
universal siempre le han crecido las
ideas naturalmente; los hombres recogían en
parte aquellos frutos del cerebro; se obraba

en consecuencia, se escribían libros: de tal modo iban las cosas, porque el hombre no se trabajaba, no se había despertado aún, o no había alcanzado todavía la plenitud de la gran ilusión. Funcionarios, escribanos: autor, creador, poeta, ¡nunca existió tal hombre!

El primer objeto de estudio del hombre que quiere ser poeta es su propio conocimiento, completo; se busca el alma, la inspecciona, la prueba, la aprende. Cuando ya se la sabe, tiene que cultivarla; lo cual parece fácil: en todo cerebro se produce un desarrollo natural; tantos egoístas se proclaman autores; ¡hay otros muchos que se atribuyen su progreso intelectual! — Pero de lo que se trata es de hacer monstruosa el alma: ¡a la manera de los comprachicos, vaya! Imagínese un hombre que se implanta verrugas en la cara y se las cultiva.

Digo que hay que ser vidente, hacerse vidente. El poeta se hace vidente por un largo, inmenso y razonado desarreglo de todos los sentidos. Todas las formas de amor, de sufrimiento, de locura; busca por sí mismo, agota en sí todos los venenos, para no quedarse sino con sus quintaesencias. Inefable tortura en la que necesita de toda la fe, de toda la fuerza sobrehumana, por la que se convierte entre todos en el enfermo grave, el gran criminal, el gran maldito, — ¡y el supremo Sabio! — ¡Porque alcanza lo desconocido! ¡Porque se ha cultivado el alma, ya rica, más que ningún otro! Alcanza lo desconocido y, aunque, enloquecido, acabara perdiendo la inteligencia de sus visiones, ¡no dejaría de haberlas visto! Que reviente saltando hacia cosas inauditas o innombrables: ya vendrán otros horribles trabajadores; empezarán a partir de los horizontes en que el otro se haya desplomado.

— Continuará dentro de seis minutos —
Intercalo aquí un segundo salmo fuera de texto: préstele usted benévolo oído, — y todo el mundo se quedará encantado. — Tengo el arco en la mano, empiezo:

Mis pequeñas enamoradas

Un hidrolato lagrimal lava
Los cielos de verde col:
Bajo el árbol retoñero que os babea
Los cauchos,

Blancas de lunas especiales
Con los pialatos redondos,
¡Entrechocad las rótulas,
Monicacos míos!
¡Nos amamos en aquella época,
Monicaco azul!
¡Comíamos huevos pasados por agua
Y pamplinas de agua!
Una tarde, me consagraste como poeta,
Monicaco rubio:
Baja aquí, que te dé unos azotes,
en mi regazo;
Vomitó tu bandolina,
Monicaco moreno;
Tú me habrías cortado la mandolina
Con el filo de la frente.
¡Puah! Mis salivas reseca,
Monicaco pelirrojo,
¡Todavía te infectan las zanjas
Del pecho redondo!
¡Oh mis pequeñas enamoradas,
os odio tanto!
¡Sujetaos con trapos dolorosos
Las feas tetas!
¡Prestadme los viejos tarros
De sentimiento en conserva!
¡Hale, venga, sed mis bailarinas
Por un momento!...
¡Los omoplatos se os desencajan,
Oh amores míos!
¡Con una estrella en los riñones cojos,
¡Dadles la vuelta a vuestras vueltas!
¡Y pensar que por tales brazuelos de cordero
He escrito rimas!
¡Me gustaría romperos las caderas
Por haber amado!
Soso montón de estrellas fallidas,
Id a llenar los rincones!
— ¡Reventaréis en Dios, albardeadas
De innobles cuidados!
Bajo las lunas particulares
con los pialatos redondos,
¡Entrechocad las rótulas,
Monicacos míos!

A. RIMBAUD

Ahí lo tiene. Y tenga usted en cuenta que,
si no me lo impidiese el temor de hacerle pagar
más de 60 céntimos de porte, — ¡yo, pobre
pasmado que hace siete meses que no
veo una monedita de bronce! — ¡aún le mandaría

mis Amantes de París, cien hexámetros,
señor mío, y mi Muerte de París, doscientos
hexámetros!

Vuelvo a tomar el hilo: El poeta es, pues,
robador de fuego. Lleva el peso de la humani-
dad, incluso de los animales; tendrá que conseguir
que sus invenciones se sientan, se palpen,
se escuchen; si lo que trae de allá abajo
tiene forma, él da forma; si es informe, lo que
da es informe. Hallar una lengua;

— Por lo demás, como toda palabra es
idea, ¡vendrá el momento del lenguaje universal!

Hay que ser académico, — más muerto
que un fósil, — para completar un diccionario,
sea del idioma que sea. ¡Hay gente débil
que si se pusiera a pensar en la primera letra
del alfabeto, acabaría muy pronto por sumirse
en la locura!

Este lenguaje será del alma para el alma,
resumiéndolo todo, perfumes, sonidos, colores,
pensamiento que se aferra al pensamiento
y tira de él. Si el poeta definiera qué cantidad
de lo desconocido se despierta, en su
época, dentro del alma universal, ¡daría algo
más — la fórmula de su pensamiento, — la
notación de su marcha hacia el Progreso!

Enormidad que se convierte en norma, absorbida
por todos, ¡el poeta sería en verdad un
multiplicador de progreso!

Este porvenir será materialista, ya lo ve
usted; — Siempre llenos de Números y de
Armonía, estos poemas habrán sido hechos
para permanecer. — En el fondo, seguirá
siendo, en parte, Poesía griega.

El arte eterno tendría sus cometidos, del
mismo modo en que los poetas son ciudadanos.

La poesía dejará de poner ritmo a la acción;
irá por delante de ella. ¡Existirán tales
poetas! Cuando se rompa la infinita servidumbre
de la mujer, cuando viva por ella y
para ella, cuando el hombre, — hasta ahora
abominable, — le haya dado la remisión,
¡también ella será poeta! ¡La mujer hará sus
hallazgos en lo desconocido!

¿Serán sus mundos de ideas distintos de
los nuestros? — Descubrirá cosas extrañas,
insondables, repulsivas, deliciosas; nosotros
las recogeremos, las comprenderemos. Mientras
tanto, pidamos a los poetas lo nuevo, —
ideas y formas. Todos los listos estarán dispuestos

a creer que ellos ha han dado satisfacción
a tal demanda. — ¡No es eso!

Los primeros románticos fueron videntes
sin percatarse bien de ello: el cultivo de sus
almas se inició en los accidentes: locomotoras
abandonadas, pero ardorosas, que durante
algún tiempo se acoplan a los carriles. — Lamartine
es a veces vidente, pero lo estrangula
la forma vieja. — Hugo, demasiado cabezota,
sí que tiene mucha visión en los últimos volúmenes:
Los Miserables son un verdadero poema.
Tengo Los castigos a mano; Stella da más o
menos la medida de la visión de Hugo. Demasiados
Belmontet y Lammenais, Jehovás y
columnas, viejas enormidades muertas. Musset
nos es catorce veces detestable, a nosotros,
generaciones dolorosas y presa de visiones,
— que nos sentimos insultados por su
pereza de ángel. ¡Oh cuentos y proverbios
insípidos!

¡Oh noches! ¡Oh Rolla, oh Namouna, oh la
Coupe! Todo es francés, es decir: detestable
en grado sumo: ¡francés, no parisino! ¡Una
obra más del odioso genio que inspiró a Rabelais,
a Voltaire, a Jean La Fontaine, comentado
por el señor Taine! ¡Primaveral, el espíritu
de Musset! ¡Encantador, su amor! ¡Esto sí que
es pintura al esmalte, poesía sólida! La poesía
francesa se seguirá paladeando durante mucho
tiempo, pero en Francia. No hay dependiente
de ultramarinos que no sea capaz de
descolgarse con un apóstrofe estilo Rolla; no
hay seminarista que no lleve sus quinientas
rimas en el secreto de su libreta. A los quince
años, tales impulsos de pasión ponen a los
jóvenes en celo; a los dieciséis empiezan a
conformarse con recitarlos con sentimiento; a
los dieciocho, incluso a los diecisiete, todo
colegial que esté en condiciones hace el Rolla,
¡escribe un Rolla! Incluso puede que quede
alguno todavía que pierda la vida en ello.
Musset no supo hacer nada: había visiones
tras la gasa de las cortinas: él cerró los ojos.
Francés, flojo, arrastrado del cafetín al pupitre
del colegio, el hermoso cadáver está muerto,
y, de ahora en adelante, no nos tomemos
siquiera la molestia de despertarlo para nuestras
abominaciones.

Los segundos románticos son muy videntes.
Th. Gauthier, Leconte de Lisle, Th. de

Banville. Pero cómo inspeccionar lo invisible y oír lo inaudito que recuperar el espíritu de las cosas muertas, Baudelaire es el primer vidente, rey de los poetas, un auténtico Dios. Vivió, sin embargo, en un medio demasiado artista; y la forma, que tanto le alaban, es mezquina: las invenciones de lo desconocido requieren de formas nuevas.

— Experimentada en las formas viejas, entre los inocentes, A Renaud, — ha hecho su Rolla; — L. Grandet, — ha hecho su Rolla; — los galos y los Musset, G. Lafenestre, Coran, Cl. Popelin, Souly, L. Salles; Los escolares, Marc, Aicard, Theuriet; los muertos y los imbéciles, Autran, Barbier, L. Pichat, Lemoyne, los Deschamps, los Dessessarts; los periodistas, L. Claudel, Robert Luzarches, X. de Richard; los fantasistas, C. Méndez; los bohemios; las mujeres; los talentos, Léon Dierx y Sully-Prudhomme, Coppée; — la nueva escuela, llamada parnasiana, tiene dos videntes: Albert Mérat y Paul Verlaine, un verdadero poeta. — Ahí lo tiene. De modo que estoy trabajando en hacerme vidente. — Y terminemos con un canto piadoso.

Acuclillamientos

Bastante tarde, sintiéndose con asco en el estómago,
El hermano Milotus, sin quitar ojo del tragaluz
Desde el cual el sol, claro como un caldero rebruñado,
Le clava una jaqueca y le marea la vista,
Desplaza entre las sábanas su barriga de cura.
Se agita bajo su manta gris
Y baja con las rodillas en la barriga trémula,
Pasmado como un viejo comiéndose su toma
Porque tiene, agarrado del asa un orinal blanco,
Que arremangarse la camisa por encima de los riñones.
Ahora ya está en cuclillas, friolento, con los dedos del pie
Replegados, tiritando al claro sol que contrachapea
Amarillos de bollo en los vidrios de papel;
Y la nariz del hombre, alumbrado de laca,
Husmea en los rayos de sol, como un polipero carnal.

.....

El hombre se cuece a fuego lento, con los
brazos retorcidos,
[con el belfo
Metido en la barriga; siente que se le escurren
los muslos en el
[fuego,
Y que las calzas se le chamuscan, y que la
va a diñar;
¡Algo parecido a un pájaro se menea un
poquito
En su barriga serena como un montón de
mondongo!
En torno a él duerme un batiborrillo de
muebles embrutecidos
En andrajos de mugre y sobre panzas sucias;
Hay escabeles, poltronas extrañas, acurrucados
En los rincones negros; aparadores con jeta
de chantre
Entreabiertos a un sueño lleno de horribles
apetitos.
El asqueroso calor embute la habitación estrecha;
El cerebro del hombre está atiborrado de
trapos.
Escucha un crecimiento de pelos en su piel
húmeda,
Se descarga, sacudiendo su cojo escabel.
.....
Y por la noche, bajo los rayos de la luna,
que le trazan
Alrededor del culo rebabas de luz,
Una sombra con detalles sigue en cuclillas,
contra un fondo
De nieve rosa como una malvarrosa.
Una nariz estrafalaria persigue a Venus por
el cielo profundo.
Sería usted execrable si no me contestase:
rápidamente. Porque
dentro de ocho días puede que esté en París.
Hasta la vista.
A. RIMBAUD

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo